

ANDRZEJ STASIUK

DE CAMINO A BABADAG

TRADUCCIÓN DEL POLACO
DE ALFONSO CAZENAVE CANTÓN

BARCELONA 2008



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Jadąc do Babadag*

Publicado por:

ACANTILADO

Quaderns Crema, S. A., Sociedad Unipersonal

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel.: 934 144 906 - Fax: 934 147 107

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© Originally published by Czarne. Wolowiec, by Suhrkamp
Verlag Frankfurt am Main, 2005

© de la traducción, 2008 by Alfonso Cazenave Cantón

© de la imagen de cubierta, Stefan Heymann, Platanenallee Tübingen

© de la imagen reproducida en la página 204 (*Der Wandergeiger*, Ungarn
1921), André Kertész / Ministère de la Culture / Médiathèque du
Patrimoine, Dist. RMN France.

© de esta edición, 2008 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

Este libro ha recibido un subsidio del
Instytut Książki, a través del programa de traducción ©POLAND



ISBN: 978-84-96834-34-7

DEPÓSITO LEGAL: B.I.619-2008

En la cubierta, *Sendero de plátanos*, de Stefan Heymann

AIGUADEVIDRE *Gràfica*

QUADERNS CREMA *Composició*

ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero 2008*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

I. Ese miedo	9
II. El mapa eslovaco	15
III. Rășinari	29
IV. Nuestro bat'ko	45
V. Descripción de un viaje a través del este de Hungría hasta Ucrania	61
VI. Baia Mare	81
VII. Țara Secuilor, Székelyföld, Szeklerland	87
VIII. El país donde empezó la guerra	97
IX. Shqipëria	111
X. Moldova	135
XI. Transbordador a Galați	167
XII. Tienda montada en un sitio nuevo	175
XIII. Delta	181
XIV. De camino a Babadag	205
Agradecimientos	311

ESE MIEDO

Sí, es sólo ese miedo, esas búsquedas, huellas, historias que han de ocultar la inalcanzable línea del horizonte. Otra vez es de noche y todo se aleja, desaparece, cubierto por el cielo negro. Estoy solo y tengo que recordar los acontecimientos, pues me asalta el pavor ante el infinito. El alma se diluye en el espacio como una gota en la inmensidad del mar, y yo soy demasiado cobarde para creérmelo, demasiado viejo para resignarme a la pérdida, y creo que solamente a través de lo visible se puede experimentar sosiego, que solamente en el cuerpo del mundo mi cuerpo hallará refugio. Quisiera ser enterrado en todos los lugares en los que he estado y en los que aún estaré. La cabeza entre las verdes colinas de Zemplén, el corazón en algún lugar de Transilvania, la mano derecha en Chornohora, la izquierda en Spišská Belá, la vista en Bucovina, el olfato en Rășinari, el pensamiento quizás por aquí... Así me lo imagino esta noche en cuya oscuridad resuena un arroyo y el deshielo borra las blancas manchas de la nieve. Me acuerdo de aquellos tiempos remotos en que tantos emprendían la marcha pronunciando nombres de ciudades lejanas que sonaban como encantamientos: París, Londres, Berlín, Nueva York, Sidney... Para mí se trataba de lugares en el mapa, puntos rojos o negros perdidos en medio del verde y el azul sin límites. Yo no podía desear meros sonidos. Las historias ligadas a ellos eran ficción. Llenaban el tiempo y mataban el aburrimiento. En aquellos tiempos remotos todo viaje lejano parecía una huida. Olía a histeria y desesperación.

Un día, en el verano del 83 o del 84, haciendo autoestop llegué a Słubice y al otro lado del río vi Frankfurt. La tarde ya estaba avanzada. Sobre el agua pendía un aire húmedo

de color azul grisáceo. Los bloques y las chimeneas de las fábricas de la RDA tenían un aspecto tétrico e irreal. El sol, pardo, brillaba como si estuviera a punto de extinguirse. Aquel lado estaba totalmente muerto e inmóvil, como si estuviese terminando de apagarse tras un gran incendio. Sólo el hedor del río tenía en sí algo de humano—podredumbre, descomposición, fangosidad de pez—, pero yo estaba seguro de que allá, al otro lado, ese olor se interrumpía. En cualquier caso di media vuelta y esa misma noche volví a ponerme en camino, hacia el este. Igual que un perro, olfateé el coto ajeno y seguí mi camino.

Por supuesto, en aquel entonces yo no tenía pasaporte, pero tampoco se me había ocurrido nunca intentar conseguirlo. La unión de las palabras *libertad* y *pasaporte* sonaba bastante elegante, pero en absoluto convincente. La concreción de *pasaporte* no cuadraba con *libertad*, que parecía ser la negación de lo concreto. Tal vez a la altura de Gorzów mis pensamientos compusieran una frase de tipo: «la libertad, o la hay, o no la hay, y punto». Mi país sencillamente me bastaba, puesto que no me interesaban sus fronteras. Vivía en su interior, en su centro, y el centro se desplazaba conmigo. No imponía al espacio ninguna exigencia y no esperaba nada de él. Me ponía en marcha antes del amanecer para coger el tren amarillo y azul a Żyrardów. Salía de la Estación del Este, pasaba por la Estación Centro, tras las ventanas se desenrollaban cintas luminosas doradas y plateadas. Cada vez había menos espacio. Los hombres llevaban americanas raídas. La mayoría se bajaba en Ursus y marchaba hacia el gélido brillo de la fábrica. Decenas, centenas de oscuras siluetas, apenas visibles en las tinieblas, y sólo al traspasar la puerta los rodeaba una claridad mercurial, como si entraran en una iglesia gigantesca. Me quedaba casi solo. Los siguientes se apeaban en Milanówek, en Grodzisk, pero

entre ellos aparecían cada vez más mujeres, porque Żyrardów era industria textil, tejedurías, talleres de costura y a saber qué más. El tabaco negro y el olor plástico y ácido de las carteras con bocadillos se mezclaban con el aroma de perfumes baratos y jabón. La noche se desprendía de la tierra y en la creciente rendija del día se veían las casetas de los guardabarreras, que en posición de firmes presentaban banderines naranjas; vacas de pie metidas en la niebla hasta la barriga; y las últimas luces olvidadas de las casas. Żyrardów era rojo y de ladrillo. Yo me bajaba con todos. Era un haragán, pero lo que hacía constituía una especie de homenaje a todos los que tenían que levantarse antes del amanecer, puesto que sin ellos el mundo sería sólo un juego de colores o un drama meteorológico. Me tomaba un té cargado en el bar de la estación y me volvía, para al cabo de un día o dos encaminarme hacia el norte o hacia el este, sin objetivo aparente. Un verano estuve viajando setenta y dos horas sin parar. Hablaba con los camioneros. Sus palabras sonaban en la cabina como monólogos gigantescos y lentos que fluyeran desde algún lugar de la inmensidad: tal era el efecto del cansancio y la falta de sueño. El paisaje tras la ventana ora se acercaba, ora se alejaba, para al final congelarse, inmovilizarse, como si el tiempo por fin se diera por vencido. El amanecer en el arcén, en alguna parte de Puck. Nubes finas y estiradas sobre la bahía, por debajo de las cuales se deslizaba el claro filo del día al levantarse y el frío aroma del mar entretrejido con el chillido de las gaviotas. Es muy posible que llegara entonces hasta la propia orilla, muy posible que, tras un par de horas de sueño en alguna parte al borde de la carretera, viniera una furgoneta y el tío dijera que estaba cruzando el país entero, hacia el sur, y que eso resultara cien veces más atractivo que el tedio de la marea baja y la marea alta, y que por eso me subiera a la caja y, envuelto

en una manta, dormitara bajo la aleteante lona, y que en la duermevela se me aparecieran paisajes pasados mezclados con fantasmagorías, como si observara cosas que ve otra persona. Varsovia se escabulló como una ciudad extraña y yo no sentí ninguna vibración en el corazón. Entre los dientes crujía el polvo que se levantaba de las tablas del suelo. Recorría el país como se recorre una región desconocida. Terra incognita entre Radom y Sandomierz. El cielo, los árboles, las casas, la tierra, todo ello podía encontrarse en cualquier otro lugar. Me movía en un espacio que no tenía ninguna historia, ningunos anales, ningún hecho digno de ser recordado. Era el primer hombre al pie de los montes de la Pimienta y todo empezaba con mi presencia. El tiempo comenzaba a fluir y las cosas y los paisajes a envejecer únicamente en el momento en que yo los tocaba con la mirada. Más allá de Tarnobrzeg llamé con los nudillos a la chapa de la cabina. Me había impactado la enormidad de las minas de azufre a cielo abierto y tuve que bajarme. Había excavadoras gigantescas en el fondo del abismo. Me importaba un pepino de dónde hubieran salido. Podía imaginarme que habían caído del cielo para hincar los dientes en la tierra, atravesarla, cavarla hasta el otro lado, hasta las antípodas, de las que a través del pozo gigante fluiría la inmensidad de las aguas y lo inundaría todo, mientras que en la otra parte quedaría un desierto. Un hedor infernal flotaba sobre la zona, y yo no conseguía apartar la vista del monstruoso hoyo, cuya desolación hacía pensar en un sepulcro, un vertedero de cuerpos, en un infierno frío. Allí no se movía nada. Puede que fuera domingo, si es que en un lugar así funcionaba el calendario.

Así pues, aquello no era Polonia, aquella sucesión de imágenes no era ningún país, era un pretexto. Tal vez el hombre sólo se dé cuenta de su existencia al sentir en su piel

el tacto del espacio anónimo que nos une con el tiempo más remoto, con todos los muertos, con la prehistoria, cuando la mente aún se estaba separando del mundo y todavía no se percataba de su orfandad. Uno sacaba la mano por la ventanilla del camión y por entre los dedos se deslizaba lo antiquísimo. No, aquello no era Polonia, aquello era la soledad primigenia. Podía ser Tombuctú o Cabo Cañaverl. A la derecha Baranów, «perla del Renacimiento», en aquella época debí de pasar por él unas diez veces, pero nunca se me ocurrió parar un momento y explorarlo detenidamente. Cualquier lugar era bueno, ya que podía abandonarlo sin pena. Ni siquiera tenía que llamarse de ninguna manera. Gasto constante, pérdida constante, un despilfarro nunca visto, carnaval, derrame, derroche y ni rastro de acumulación. Por la mañana la costa, por la noche los bosques junto al San, tipos con jarras en un bar de pueblo como apariciones, como espectros petrificados a la cuarta parte de un gesto al verme. Así los recuerdo, aunque bien podría haber ocurrido cerca de Legnica o a cuarenta kilómetros al noreste de Siedlce un año antes o después en alguna aldea. Habíamos encendido una hoguera, y de las tinieblas emergían mozos de la aldea y probablemente era la primera vez en su vida que veían a un forastero. No éramos reales para ellos ni ellos para nosotros. Se quedaban de pie, mirando, en la oscuridad destellaban las macizas hebillas de sus cinturones con cabezas de toro o colts cruzados. Al final se fueron sentando a nuestro lado, pero la conversación tenía sabor de alucinación y ni siquiera el vino que trajeron nos devolvió a la tierra. Al amanecer se levantaron y se fueron. Quizás un día o dos después pasé diez horas esperando en Złoczew sin que nada me recogiera. Recuerdo un seto y la balaustrada de piedra de un puentecillo; aunque de lo primero no estoy seguro, el seto pudo estar en otro lugar,

igual que la mayoría de las cosas que existen en la memoria, ya que, al almacenarlas en la cabeza, las he arrancado del paisaje, componiendo con ellas para siempre mi propio mapa, mi propia geografía fantástica.

Y un día iba a Poznań en el cajón destapado de una Star. El conductor había gritado: «¡Sube, pero cuidado con los peces!». Estaba tirado entre enormes sacos de plástico llenos de agua. Dentro nadaban pececillos no mayores que una uña. Cientos, miles de peces. El agua estaba helada y tuve que envolverme en una manta. En Września los peces giraron hacia Gniezno y me quedé solo al amanecer en la carretera vacía. El sol aún no había salido y hacía frío. Puede que a través de Poznań me dirigiera a Wrocław. Seguramente para, al cabo de un día o dos, encaminarme hacia la costa o bien hacia Bieszczady. En este último caso, a orillas del Ośława vi a un hombre desnudo en pleno bosque. Estaba en el río, lavándose. Al verme, simplemente se volvió de espaldas. Pero si fue la costa, entonces me parece recordar Jastrzębia Góra y la playa vacía al anochecer, yo iba descalzo en dirección a Karwia y sobre el fondo del cielo rojo vi los negros megalitos de Stonehenge. No tenía donde dormir y esas ruinas parecían caídas del cielo. Estaban hechas de tablas, contrachapado y lienzo basto. En aquellos tiempos pasaban esas cosas. Alguien las había construido y las había dejado, seguramente la televisión. Me arrastré a través de un agujero hasta uno de los peñascos verticales y me quedé dormido.